

EL TELÉFONO

Óscar Cortés*

Para Humberto y Gabriel

De pronto todo adquiere sentido. Como si el rito fuera a cumplirse, aparezco a mitad de esta habitación oscura.

Una tarde sonó el teléfono. Del otro lado de la línea una respiración se dejaba escuchar.

Las llamadas se repitieron a lo largo de aquella tarde, de muchas tardes más.

¿Una broma estúpida?

Tal vez eso, me dije.

En la oficina no conocen mi número telefónico. Por eso pensé de inmediato en un amigo mío dado a tales pesadeces.

Pero no había sido él.

¿Quién entonces y por qué?

Decidido a develar el misterio que comenzaba a ser fastidioso, molesto, elaboré varias hipótesis acerca de los motivos que podría tener el intruso del teléfono para acecharme.

Ninguna de las hipótesis me satisfizo; no correspondían con lo que supuse su *verdadera intención*.

Concluí finalmente que esas llamadas estaban del otro lado de mis razonamientos inmediatos.

Había algo curioso en todo esto: se trataba de una mujer.

Yo no lo imaginaba; estaba seguro. No sé por qué, pero yo sabía que era una mujer.

*Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Mis ojos se adaptan con rapidez a la oscuridad. Confirmando que el objeto al ras de la alfombra es el mango descolgado del teléfono.

Al poco tiempo el acoso llegó a mi oficina. A partir de ese instante la respiración, la mujer, me sorprendía entre correcciones a la contabilidad de la fábrica o bien, en mi casa, a mitad de cualquier cosa.

El fastidio fue cediendo ante su persistencia, su muda terquedad. Debo confesarlo: me halagaba ser el centro de una manía.

En las siguientes ocasiones traté de convencerla para que hablara.

No tuve éxito: la misma respiración, su mutismo.

En cambio, advertí algo que en lo sucesivo facilitaría nuestra extraña relación: ciertos matices que ella hacía al respirar.

Su lenguaje de inhalaciones y exhalaciones combinadamente largas y cortas, fuertes y suaves, cobraba sentido para mí.

Levanto el mango descolgado del auricular y micrófono. Lo coloco sobre su propia caja. Recién han usado el teléfono. Así lo indica la tibieza que percibo en él.

Del fondo del pasillo un sonido rítmicamente lento llega a mí. Soy esperado, lo sé.

Una noche, ya experto intérprete de su lenguaje respiratorio, noté su angustia: inhalaba y exhalaba nerviosamente. Incluso, escuché un gemido. Ella tenía miedo. Por eso llamaba: confiaba en mí.

Quise saber más. Fue inútil: la llamada se cortó.

El sonido ya no es tan lento, ni débil. Conforme avanzo es más rápido, más fuerte. Se diría que mis pasos alimentan una ansiedad, un miedo.

Mi preocupación por ella aumentó con el paso de los días, las semanas. No había vuelto a llamarme.

Entonces ella, es decir, su respiración, dio en seguirme por todas partes. En la calle una respiración agitada o que a mí me parecía de mujer me obligaba a voltear. Sucedió también en ascensores, restaurantes, en fin, en cualquier sitio donde hubiese mujeres.

Ninguna era ella: su miedo me perseguía; usaba un medio diferente al teléfono.

El sonido ahora es mucho muy rápido. Como respiración dolorosa, agitada. Como golpes de tambor.

Su miedo también me perseguía en sueños, malos sueños.

A medianoche yo despertaba sudoroso de la pesadilla repetida infinitamente: todas las noches un hombre sin rostro la golpeaba, la atormentaba.

Por esa razón ella había telefonado, por esa misma causa dejó de hacerlo: él.

Sólo unos pasos y comenzará el ritual.

El pasillo, las paredes de la casa, laten como un corazón atrapado en una caliente caja de miedo, de excitación.

Repaso mentalmente la ceremonia que he presenciado en medianoches sin fin.

No hay duda: me espera.

Cada noche yo encendía un cigarro mientras las imágenes de la pesadilla acudían a mí: ella, desnuda, atada de pies y manos a una cama; él, azotándola con un grueso cinturón; ella, con hilillos de sangre en el cuerpo, respirando fatigosa, dolorosamente; él, fumando un cigarro que luego in-

troduce entre las piernas de ella.

En este punto de la escena, el cigarro que yo había prendido se me caía de la mano.

Su dolor me dejaba estupefacto. Un dolor más allá de la piel, del cerebro estallándole como volcán. Y aquel hombre, sacerdote de un rito ajeno a mí, penetrándola con el diminuto pene blanco de semen quemante.

“Llamaste ¿verdad, perra?”

Entro a la habitación al final del pasillo. Allí estás. Lo sabía.

La mujer, su dolor extremo, el hombre sin rostro y sus manos firmes para el acto ritual, la frase consagratoria (“Llamaste, ¿verdad, perra?”), el coito al rojo vivo, se me volvieron una obsesión. Fueron noches y días

en el infierno. Creí que la locura me esperaba al término —si es que lo hubiese— de todo eso.

Una revelación de mí mismo, de lo que jamás imaginé en mí, me dejó sin palabras.

En medio de sus contorsiones que presagian el dolor esboza algo parecido a una sonrisa de bienvenida.

Habremos de celebrar el sacrificio.

Enciendo un cigarro y me quito el cinturón.

Hubo una última llamada. Era ella. Parecía decirme entre resoplidos: “Ven, te necesito. Estoy sola. Él se ha ido para siempre”.

Llamaste ¿verdad, perra?

